

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscription.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 8.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—La correspondencia al Administrador.

DESDE MADRID

La Falda Pantalón

Pero señor, por qué se indignará la gente ante la innovación que la más bella mitad del género humano, ha introducido ó trata de introducir en su indumentaria? Anoche vi á una muchacha gentil con la nueva falda, ó con el nuevo pantalón, como ustedes quieren, aunque en verdad nada tiene de falda, ni de pantalón, ni de nuevo. Era una rubia que, como diría Cristóbal de Castro, quitaba la cabeza. Llevaba un sombrero de esas que dejando el rostro en una discreta penumbra aumentan su encanto con una leve sombra de misterio; su levita de terciopelo, se ajustaba á unas líneas que hubieran desconcertado al geómetra más ecuánime, hermanos. Y por un lado, hasta la altura del muslo se abría dejando ver el pantalón más cuco que ha lucido orgánicamente en el mundo.

El hecho de salir á desafiar las iras de la gente, ya me hizo adorable á la muchacha. Tener un gesto gallardo, de independencia, frente á la multitud boecia que se dice liberal y que en una cosa tan poco trascendente como es la forma de una prenda de vestir, quiere imponer su tiranía y su ruina, es tener personalidad. Y además era bonita hasta la exageración, bonita como una princesa de las que el populacho soez sabe decapitar cuando llega su hora. Y viéndola perseguida, yo dije mentalmente:

Voto por la falda pantalón, y por la falda lechuga, y por la falda como les dé á ella la real y autónoma gana de llevarlas. Esta gente imbécil que ha tolerado la pérdida de un imperio colonial, y la ruina de nuestra hacienda, y que no tiene sentido estético, ni instinto colectivo de conservación, ¿con qué derecho insulta á una mujer que dispone sus ropas sin ofender á nadie, y que sale por las calles de una ciudad civilizada, con más riesgo que si anduviera por una aldea de Hotentocias? Ved qué concepto, tienen de la libertad las multitudes. Y considerad que no se trata de un problema que les afecte, ni de un asunto político, ni de nada serio y grave, en resumen. Y decidme cual será la justicia con que procedan al juzgar á quienes sólo conocen de oídas, cuando así obran en una cuestión trivial y frívola.

La muchacha alcanzó un coche. No se había asustado, sino ligeramente. Os aseguro que estaba encantadora y colorada, por la carrera, risueña, un poco alborotados los rizos locos y rubios que se escapaban debajo del sombrero.

Y en éste trance se me acercó un señor á quien conozco un poco, y á quien no me gusta tropezar.—¿Ha visto usted?—me dijo.—¿qué escándalo de mujer! ¡La policía debía prohibir estas novedades!—

Y yo le contesté que sí, por no discutir. O mejor, por no decirle: ¡Señor mío, usted es un majadero; en vez de indignarse tanto por esa novedad del pantalón femenino, debía cuidar de que su señora les llevara siempre puestos, y de que no continuara, á costa de usted, añadiendo nuevas anécdotas á Bocaccio!

Pero el hombre tomaba tan en serio la cosa, que opté por callar, compadecido.

CORRESPONSAL

LA POESIA

Como el raudal que corre en la pradera copia en su espejo pájaros y flores, en el alado rarioposa de colores, en el verde arbusto y la radiante estera; la sublime poesía reverbera combates, glorias, risas y dolores, odio y amor, tirolitas y esplendores, el cielo, el campo, el mar... ¡la vida entera!

Al Homero es la lid; Virgilio el día; Esquilo, la tormenta bramadora; Anacreonte, el vino y la alegría; Dante, la noche con su negro arcano; Calderón el honor; Milton la aurora; Shakespeare, el triste corazón humano.

Manuel Reina.

Interpelacioncitas

El anuncio de la próxima reapertura de las Cortes ha llevado el pánico al campo conservador.

No es que le tema á la discusión del proceso de Ferrer.

No es que le asuste el que se discutan sus actos, durante la semana de Julio.

Tampoco le arredra el que republicanos y socialistas lo quieran expulsar de la gobernación del Estado.

Lo que le amilana, le anonada y le aturula; es algo más grave, más transcendental, más impenetrable.

¡La interpelación de García Vaso!

¡Qué cúmulo de notas ha preparado éste!

Desde el famoso convenio del alcantarillado, que él se inventó, hasta el reciente vocaminto de todo lo hecho por el Bloque; el documento famoso, ó láminas de alcantarillado; el laminador, que produjo las láminas de aguas; el mi... rame y no me toques de la real orden inserta al dorso de éstas; el sol... omillo que le han sacado al Contratista por exceso de... formalidad y el sí... te he visto no me acuerdo, conque el Bloque saluda á sus antiguas promesas de no hacer política.

Cómo que todo el interregno parlamentario se lo ha pasado nuestro diputado vocalizando y trinando. ¡Y lo que trinará!

No le arrendamos la ganancia á don Antonio Maura.

Escapó bien del primer atentado de Barcelona.

Salió ileso del achuchón de Alicante. Milagrosamente puede contar su última visita á la ciudad condal.

¡Pero ahorrá!

¡Pobre D. Antonio!

La próxima interpelación de nuestro único Diputado, cortará el hilo de su existencia política.

Y si un chaleco enaguado salvó su vida antes, otro chaleco político le producirá la muerte civil ahora.

Y una vez más se realizará lo que dice el cantar:

¡No hay perdición en el mundo que por chalecos no venga!

Al que no le llega la interpelación al cuerpo es á D. Juan de La Cierva.

Este buen señor, se creía que nuestro único Diputado se olvidaría de lo que había prometido.

Y que no le haría daño.

¡Cómo se conoce que D. Juan no conoce á D. Pepel!

¡Dejar éste de hacer daño? pues entonces qué iba á hacer?

Pero al enterarse de las notas que ha estado dando García Vaso, (las del Teatro-Circo) como ensayo de las que vá á dar en el Congreso, se ha asustado.

Y mucho más temiendo que García Vaso, se cante de notas y le diga como dijo Muret cuando la guerra de Melilla del 93:

¡No notas, sino balast!

El que escapa mejor de todos es don José Maestre!

¡Qué suerte tiene este hombre! Si fuera Maura, saldría muerto de la verborrea Vasista; si fuera La Cierva, saldría flagelado por los ciceroniamos apóstrofes del Verbo del Bloque; pero, no es nada más que don José Maestre y García Vaso no se preocupa de él.

¡Necesita, cuando menos un Combés.

¡Para jugar á la comba!

A la interpelación lleva nuestro popular Diputado todos los acuerdos que sobre el Alcantarillado ha tomado el Ayuntamiento bloquista, que tenemos el honor de padecer.

Y todas las revocaciones que han merecido esos acuerdos.

¡Mil cuatrocientos veinte toneladas de papel... mojado!

¡Ah! y lleva además una cosa sorprendente.

¿Su asombrosa elocuencia?

¿Su dialéctica extra-urbana?

¿Su acometividad característica?

¡Nada de eso; es algo que llamará más la atención.

¿Llevará á don Apolinario?

¡Hombre, no tanto!

Lo que llevará al Congreso, para que se pasmen todos los Diputados, es...

¡Una lámina de aguas!

¡Pues pagará exceso de equipaje, porque en la Real Orden que lleva inserta sobre un renglón!

No sea usted malévolo; ó ahí sobre falta en la misma Real Orden que él insertó en "La Tierra".

Ya se lo preguntarán en el Congreso y él contestará.

¿Quién, García Vaso? ya sabe usted que él está en igual caso que esa misma Real Orden, que en una copia le sobra ó en la otra le falta.

¡A él, ó le sobra tupé para arrojarse al agua soberano, ó le falta arranque para decir la verdad, cuando se le pregunta y no cabe disfrazarla.

¡En sus cables no está nunca!

¡Qué pasmo reina en el campo conservador!

¡Adiós Maura! ¡adiós La Cierva! ¡adiós conservadores!

El partido que ha sido el que en unión del liberal, ha sostenido el Trono, va á desaparecer para siempre.

Pero, no vale apurarse, señores monárquicos.

Si el trono pierde un puntal, encuentra otro.

¡El Bloque!

Nos consta que se hacen trabajos cerca del Sr. García Vaso para que desista de su patriótica propósitos.

Y que ayer recibió el siguiente telegrama cifrado:

"Vaso-Cartagena—No te tires Reverte—Un cadáver presunto."

Pero Vaso no cede ni á ruegos ni amenazas.

Y contestó con el siguiente telegrama, también cifrado.

"Presunto cadáver—Madrid "De la fábrica de Trubia yo soy el cañón! ¡Poni—Vaso".

¡Qué carácter!

De Instrucción Pública

Madrid 25—9 m.

El rey ha firmado los siguientes decretos de Instrucción pública.

Autorizando las jubilaciones de los maestros mayores de 70 años y con menos de 20 de servicios.

Derogando el artículo segundo del decreto de 31 de Julio de 1904, sobre toma de posesión del profesorado.

Las prisiones de Londres y las nuestras

Así se titula el importante libro que acaba de publicarse y del que es autor nuestro distinguido amigo el contador de navío de primera y doctor en Derecho, D. Francisco Cabrerizo y García.

Todo el vasto caudal de sus conocimientos, todos los esfuerzos de su voluntad inquebrantable y de su constante afán de estudiar los problemas sociales, los pone el Sr. Cabrerizo al servicio de su gran patriotismo, publicando sin cesar obras importantísimas que contribuyen en grado sumo, á poner el prestigio de nuestra nación á la altura que le corresponde.

Su última obra publicada, Las prisiones de Londres y las nuestras, muestra, una vez más, la fé patriótica que le inspira al señor Cabrerizo; la antigua leyenda de nuestro cuento sistema carcelario y penitenciario, queda destruida en el brillante estudio hecho por el autor de tan recomendable libro; se estudia en éste, con la autoridad que presta á su autor el renom-

bre adquirido en sus anteriores obras, todo el sistema penitenciario de Inglaterra en comparación con el nuestro y de ésta se deducen sabias enseñanzas que deben aprovechar los que tienen á su cargo misión tan importante como es la de velar por la salud física y moral de los desgraciados que delinquieron y que apartados momentáneamente de la sociedad, deben volver á ella, purgadas sus culpas y en disposición de ser útiles á sus semejantes.

No canta el autor del libro que comentamos, las excelencias de nuestro sistema penitenciario; no se deja llevar de un falso patriotismo, queriendo hacer resaltar hechos que no existen, ni falsear la realidad del método que estudia; se limita á exponer fría y razonadamente, cuanto ha visto y ha estudiado para deducir, que si mucho tenemos que copiar de los extranjeros, mucho tienen éstos que imitar de nosotros, en cuanto al asunto objeto de su estudio se refiere. Ni exajerados optimismos que cieguen nuestros ojos á la luz de la verdad, ni enervantes pesimismo que anulen por completo nuestra voluntad; el Sr. Cabrerizo huuye de unos y de otros, expone sólo la verdad de los hechos, y enseña el camino que se debe seguir para que en tan esencialísimo asunto sea España lo que debe ser.

Muchas felicitaciones ha recibido el Sr. Cabrerizo por su bien escrito libro; nosotros que conocíamos sus anteriores obras, Relaciones médico-legales en el Derecho penal, El defensor ante los Tribunales de Guerra y Marina, La avariasis en el Ejército, Inanestésicas de un viaje á Norte América y tantas otras en las que ha demostrado lo vario de su talento y sus excelentes dotes de escritor culto y galano, nos complacemos en sumarnos á los que le felicitan y le animan para que no desmaye en su noble empresa de levantar con sus obras la cultura general del país.

Etc. 13

La moda respetada

Madrid 25—9 m.

Dicen de Valencia que en la calle de la Paz se presentó una elegante señorita con sombrero atrevidísimo en forma de maceta invertida, sombrilla bastón y luciendo falda-pantalón negra.

La acompañaba una anciana. Produjo general curiosidad, pero no se le faltó al respeto.

colores del arco iris al ver lo bien que el autor de sus días conducía las negociaciones.

En cuanto al comandante, había entablado coloquio con el mayor de los Franquepé, quien á pesar de sus divergencias en materia de opinión, estaba encantado de tener un interlocutor y se dignaba dirigir la palabra al oficial de Bonaparte.

Por lo que hace á Bontemps San Cristóbal, sólo se ocupaba de comer, profesando la petto, muy poca estima por las gentes que charlan en la mesa, perdiendo así un tiempo precioso. El semblante abatido de Héctor impresionó á la condesa, cuando él se acercó á saludarla; adivinó lo que había sufrido y tuvo lástima.

Por eso su sonrisa, como dirigida á su primo, estuvo exenta del menosprecio con que le había abrumado la víspera.

—Buenas tardes, mis primos—les dijo saludándolos á ambos con su gracia habitual.

Hata acogida hizo saltar en el pecho su corazón al conde, y pareció que sobre su herida ensangrentada caía un bálsamo gota á gota.

Durante la comida se atrevió á dirigirle alguna vez la palabra con insignificante modo, y ella le respondió, y su voz fué serena, sin orgullo, indiferente, como la voz de aquellos á quienes nada preocupa ni perturba dolorosamente el ánimo.

—Habrá olvidado acaso?—pensó.

Pero aquella mirada con que le había fijado la víspera pesaba aún en el corazón de Héctor como la punta de una espada; y podía resistir aquella ilusión de un segundo á semejante recuerdo?

XI

Con todo, y á pesar de la reputación secreta que le inspiraba Héctor de Maltevert, la condesa se había apoyado en su brazo y dejándose llevar hasta el fondo del parque, hacia aquel mismo paraje donde, la víspera, había referido á su hermano la extraña historia de su amor por ella. Latía el corazón de Héctor cual si quisiera saltar del pecho, y sólo al cabo de un rato de silencio consiguió dominar la emoción que le oprimía la garganta.

Entonces dijo: —Recordáis, señora, que en nuestra primera infancia, antes que esta terrible revolución nos arrojase de Francia, soñamos vernos en la posesión de Arcey?

—Sí—respondió la condesa,—yo tenía entonces ocho ó nueve años; vos tenéis doce quizá.

—Justamente... señora.

Y el conde suspiró, prosiguiendo: —¡Ah! los acontecimientos, las revoluciones no nos habían séprado todavía entonces; vos érais la hija del barón de Villemur, y el barón de Villemur era hermano del conde de Maltevert, mi padre.

—Caballero—respondió la condesa,—no creo que los sucesos políticos tengan poder bastante para romper los vínculos de la sangre.

vert, con gran contrariedad del viejo marqués, del caballero Arturo y de su hijo.

Verteuil bien habría querido seguir á la condesa pero se veía retenido por el mayor de los Franquepé, el cual acababa de hacer en él un descubrimiento que le había colmado de alegría, haciéndole olvidar á medias que el comandante servía al Imperio.

Verteuil poseía la ciencia del blasón. Ahora bien; Franquepé, no sólo hacía gran caso de esa ciencia, cual todo buen hidalgo debe hacer, sino que él ninguna otra cosa sabía absolutamente fuera de ella. El único libro que él estudió, fué una gramática heráldica.

—Dejemos á esos jóvenes locos—le había dicho al comandante—que vayan á coger un resfriado al parque; aquí estamos muy bien nosotros. Y á la verdad, no hay mejor digestión que la que se hace de sobremesa.

Y el mayor de los Franquepé, que decididamente representaba en Montmorin el partido de la oposición contra la señora de Durand, retuvo á Verteuil, de bueno ó mal grado en el comedor.

En cuanto á Bontemps San Cristóbal, hizo una seña de inteligencia á Pandrillo, quien dispuso le trajesen un cierto bizcocho, por el cual el honrado hidalgo había guifado el ojo muchas veces, lo que era en él un signo nada equivoco de satisfacción.